

## Sombríos horizontes: Reflexiones en torno a la extinción a partir de la teoría crítica y el poshumanismo

Ricardo Andrade<sup>1</sup>

*Cada organismo muere, es decir, la idea es destruida*  
Philipp Mainlander

A partir de finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX con la aparición de la Revolución industrial, las acciones humanas de destrucción de los entornos naturales y de las especies se ha concretizado en un concepto geológico que evoca una supremacía endeble: el Antropoceno. Nuestra era geológica está marcada por lo que podemos denominar *razón mundofágica*. Con este concepto entendemos las dinámicas del capitalismo que se caracterizan por la fagocitosis de la habitabilidad planetaria. Este tipo de racionalidad, que se ha estratificado por medio de los usos instrumentales de la ciencia y la tecnología, no puede desligarse de los procesos de desaparición de los entes, es decir, de la extinción que acontece en la actualidad. El descubrimiento de que la razón no solo puede destruir la vida humana, sino también la planetaria implica un *cisma ontológico* con repercusiones sombrías. No deja de llamar la atención que, a pesar de la importancia filosófica que tiene este quiebre, no haya sido estudiado aún a profundidad. Antes de proseguir con las reflexiones, se debe precisar qué se entiende por extinción. Fenner Stanley Tanswell propone, para unificar los elementos descriptivos, epistémicos y declarativos que los diferentes

---

<sup>1</sup> Universidad Nacional de Río Negro. Centro de Estudios en Ciencia, Tecnología, Cultura y Desarrollo. Río Negro, Argentina. CONICET. andrader218@gmail.com

usos del término extinción tiene, el de *thick concept of extinction*, idea que hace énfasis en las implicaciones éticas y prácticas que tiene el ecocidio consciente de especies no humanas (Tanswell, 2022, p. 13). Esta propuesta, que tiene un fuerte componente ecológico, debe también ser complementada desde la consciencia de la desaparición de la especie humana, atravesada por el miedo, la indiferencia y los sueños tecnoutópicos. El ensayo se centrará especialmente en esta última. En este caso, Claire Colebrook señala que la extinción define la pregunta sobre qué es lo humano en un sentido no solo afectivo, sino también biológico y ético (Colebrook, 2018, p. 151). Esta pregunta, mediada por la muerte y el pesimismo, es el origen de lo que hemos de denominar como *tanatosofía*. En una definición provisoria, la tanatosofía sostiene (desde un punto de vista realista) que la extinción es un hecho irreversible y objetivo que transforma radicalmente la posición de lo humano y, por añadidura, de la filosofía. La destrucción de los ecosistemas, los desarrollos tecnológicos (especialmente los relacionados con el transhumanismo) y las teorías astrofísicas sobre el fin del universo (el Gran desgarro o la Gran implosión) confirman, de manera científica, la seria posibilidad del desvanecimiento de la especie humana. De esto se desprende que el filosofar sea un pensar abocado hacia la finitud radical, la muerte y las entidades no humanas.

Ciertamente, ningún mundo nos espera. Al aceptar esta premisa, se hace una crítica a las posiciones filosóficas que sostienen la primacía de lo humano sobre los demás entes y, con ello, se inaugura una nueva forma de entender la ontología y la ética desde un punto de vista poshumanista. Si los métodos y las prácticas científico-tecnológicas acarrear la certeza del perecimiento de lo viviente, la desacralización del mundo y el nacimiento de artefactos técnicos proclives a generar sus propias concepciones de racionalidad, el poshumanismo articula la orfandad ontológica de la humanidad para dar paso a unas materialidades que, olvidadas por el pensamiento y explotadas por la razón mundofágica capitalista, cobran una dimensión especial para superar el excepcionalismo antropocéntrico. Para Francesca Ferrando el poshumanismo es una perspectiva filosófica que va más allá del humanismo, el Antropoceno y el dualismo que permea a la mayor parte de las construcciones

sociales y filosóficas de la modernidad capitalista (Ferrando, 2019, p. 54). Más exhaustivamente, la filósofa estadounidense afirma que:

El posthumanismo filosófico puede verse tanto como un postcentrismo como un postexclusivismo. No se basa en oposiciones, pero puede ser designado como una filosofía empírica de la mediación, que ofrece una reconciliación de la existencia en sus más amplias significaciones. No emplea ningún dualismo frontal o antítesis, desmitificando polarizaciones ontológicas a través de la práctica postmoderna de la deconstrucción. El posthumanismo no está obsesionado con probar la originalidad de su propia propuesta, y, por lo tanto, también puede verse como un post-excepcionalismo. (Ferrando, 2019, p. 56)

Uno de los problemas más interesantes que ofrece esta definición descansa en ver en el poshumanismo una filosofía de la reconciliación de la significación y de los entes. La deconstrucción apunta al consuelo y al anhelo de una unión, una simbiosis entre lo humano y lo no humano. Sin embargo, este momento se complejiza ante la inminencia de la extinción. La explosión del sol en 5 mil millones de años desintegrará a la Tierra y, con ella, a todas las especies existentes en ese momento, las bombas de hidrógeno o la automatización radical de la inteligencia artificial son solo algunos ejemplos de que esta simbiosis está atravesada por la consciencia desventurada del fin. En este sentido, la extinción como concepto objetivo señala un límite a la razón humana, al mismo tiempo que lo descentraliza. Frente a la construcción capitalista del hipersujeto mundofágico, la muerte del todo implica asumir presupuestos éticos y ontológicos que involucren, por una parte, la idea de la responsabilidad hacia el futuro; por otra parte, una reformulación de la ontología que reconozca en las especies no humanas e, inclusive, en las formas materiales interestelares mundos independientes de la subjetividad. Más que una filosofía de la mediación, el poshumanismo debe pensarse desde la negatividad, ya que desde esta esfera se deconstruye la hipostasis del sujeto moderno y, con ello, de la razón instrumental que ha dado las bases para la explotación de la naturaleza y la propia desaparición de la humanidad.

En la negatividad se halla el reconocimiento de la existencia y la realidad. Asumir la extinción implica neutralizar la identidad antropocéntrica. Si existe alguna mediación, esta está impulsada por la desintegración del capitalismo y las concepciones hiperconstructivistas que imposibilitan pensar desde la finitud. En un entramado socioeconómico que hace de la mundofagia un valor abocado hacia el futuro (a costa del mismo), la extinción hace palpable lo finito a través de lo concreto: las huellas del ecicidio o la desintegración de la materia por la expansión del universo minan la certeza en una infinitud (de los “recursos”, de la vida como concepto) que no tiene sustento en la realidad. El deseo contradictorio de la infinitud en el Antropoceno se materializa en algunas propuestas del transhumanismo que buscan en la dominación humana del espacio impulsar un capitalismo cósmico (los Principios Extropianos de Max Moore son el mejor ejemplo de esto) o en el *uploading* de la mente a los ordenadores. Con respecto a esto, Olle Häggström señala que:

Según el transhumanismo, la forma actual del *homo sapiens* no debería ser considerado como el producto final de la evolución, sino más bien como un estado de transición en el camino hacia formas de vida posthumanas que podemos lograr mejorándonos a nosotros mismos, por ejemplo farmacológicamente, genéticamente o mediante interfaces cerebro-computadora directas. Los transhumanistas afirman que tal desarrollo no solo es posible sino deseable. [...] El último sueño de muchos transhumanistas es *uploading*, definido aquí como la transferencia de nuestras mentes al hardware de la computadora usando la emulación de todo el cerebro. (Häggström, 2021, p. 3)

En el deseo del mejoramiento humano ilimitado se halla el eco de la extinción de la especie. Como bien señala Häggström, el *homo sapiens* es un estado de transición, lo cual implica que en términos tecnológicos-darwinianos se debe transformar, mutar o aniquilar la concepción tradicional que se tiene sobre el sujeto. El ansia de fusionarse con lo digital y lo maquínico persigue la idea de postergar la consciencia (definirla como enteramente humana, en este punto, resulta complejo) hacia la “inmortalidad”. En este sentido, el transhumanismo apela a la mitificación de la ciencia y la tecnología para mantener la primacía del *anthropos* por medio del autodiseño

sin límites. El *uploading* implica también otro presupuesto: al migrar hacia los algorítmicos y la emulación, la responsabilidad hacia el futuro se diluye en la medida en que se hiperindividualiza la experiencia. La temporalidad se rompe en el ciberespacio, el porvenir y el pasado concebidos por la razón dejan de tener un sentido. Esta ruptura con la temporalidad (es decir, con la finitud de la especie humana) que caracteriza a la transferencia mental viene acompañada de una serie de problemas de origen ético y ontológico, al mismo tiempo que radicaliza algunos aspectos de los imaginarios tecnológicos actuales. En el punto entra en discusión si la identidad personal del sujeto podría mantenerse después de una transferencia. Si los procesos de individuación “tradicionales” y conocidos siempre han requerido de un entramado cuerpo-ambiente, estos se tornan complejos de sostener en la medida en que la consciencia ya no requeriría de ambas para existir. La identidad se definiría por medio de una *abstracción informativa*, es decir, a través de flujos “ilimitados” del conocimiento que son otorgados por las redes de internet. Una hiperconsciencia puede emerger de estas abstracciones, aunque ella ya no designe semánticamente ni esté atada de manera específica a lo humano. En este sentido, la transferencia mental no solo sería el inicio de la extinción biológica de esta especie, sino que también crearía las condiciones para la destrucción simbólica e histórica (valga decir, el recuerdo) de la misma. A partir de esto se revela una contradicción característica del transhumanismo: al mismo tiempo que desea la perpetuación de lo humano, lo destruye por medios tecnológicos. De manera llamativa, la transferencia mental también tiene otro propósito: los viajes interestelares. Dentro de los debates sobre cómo explorar el espacio, el transhumanismo propone el *mind uploading* como una forma de mantener las conciencias humanas “vivas” en estos viajes que tienen como meta la búsqueda de lo desconocido. En el hipotético caso de que las transferencias mentales sean posibles en el futuro, migrar la conciencia a las computadoras o a robots puede permitir recopilar información e, inclusive, generar las condiciones necesarias para la creación de una civilización poshumana dentro de las naves espaciales.

En este punto, entran en contacto las reflexiones de la filosofía de la astrobiología y el transhumanismo en torno al concepto de, por

ejemplo, qué es la vida y cómo puede manifestarse en diferentes entornos planetarios y galácticos, la posibilidad de encontrar otras civilizaciones no humanas, entre otras características. Al tener esto mente, se puede pensar que el transhumanismo ha resuelto el problema de la extinción humana mediante la extensión tecnológica. Por extensión se puede entender la inclusión de dispositivos artificiales en el cuerpo humano para potenciar sus habilidades cognitivas y corporales y, en los casos más extremos, realizar el volcado de la mente. No obstante, tanto la civilización poshumana pensada en estos términos como la idea de una extensión "*ad infinitum*" de las capacidades de los sujetos mediante la tecnología implica, al menos de manera genérica, la desaparición del *homo sapiens* y, por ende, la extinción del mismo. A su vez, la idea de la transferencia mental puede funcionar como argumento a favor de la desidia social ante problemas concretos de la sociedad tecnológica, por ejemplo, la crisis climática. Si se puede huir de la Tierra gracias a naves espaciales que almacenan conciencias, ¿de qué serviría mantener una política ecológica y la transformación hacia energías renovables? Implícitamente, el *mind uploading* puede albergar no solo un dilema ético que implica la aceptación entusiasta de la muerte de los sujetos, sino también una visión de la tecnología con resabios nihilistas. Por nihilismo se debe entender en este contexto dos acepciones. La primera tiene que ver con la negación de eventos objetivos (la ya señalada crisis climática es un ejemplo); la segunda tiene que ver con un solipsismo según el cual *solo* la subjetividad tiene fundamentos reales. Ambos se complementan para estratificarse en una ideología tecnoutopista que resta importancia a otras formas de vida y a la propia habitabilidad planetaria. A la luz de esto, el transhumanismo juega y es ambivalente con los imaginarios utópicos y distópicos que se hallan en los avances científicos y tecnológicos, específicamente los creados a partir de 1960 hasta la actualidad.

Ahora bien, con la muerte del *homo sapiens*, el tiempo afirma su independencia de toda subjetividad. De ahí que la extinción no solo tenga relación con la aniquilación física sino también, y de manera más profunda, con la certeza de que el tiempo es indiferente a nuestra existencia. El transhumanismo, al luchar prometeicamente contra esta indiferencia y en la búsqueda de postergar la vida,

acelera el deceso de lo que intenta salvar: lo humano. En este punto se halla una diferencia crucial entre el transhumanismo y el poshumanismo (en contra de la opinión muchas veces sostenida de que son iguales o que una conduce a la otra). Mientras el primero trata de postergar el Antropoceno mediante la razón instrumental y el autodiseño humano, el segundo critica el proyecto prometeico nacido de la Ilustración y del capitalismo por considerarlo el origen de la destrucción de lo existente. El transhumanismo fortalece la idea de que el ser humano sigue siendo el principio de razón suficiente, mientras que el poshumanismo derriba dicho presupuesto a través de su crítica a los dualismos y a la ontología antropocéntrica. Si se recupera la reflexión anteriormente citada de Ferrando, esta crítica a los presupuestos dualistas y antropocéntricos se da mediante la deconstrucción. Por deconstrucción poshumanista se debe entender un ejercicio de desmontado de las principales filosofías e ideologías que han posibilitado una exacerbación de la humanidad en detrimento a otras formas de vida. Ya en este punto se encuentra otra diferencia crucial con el transhumanismo. Si para este último la crisis ambiental puede entenderse como un factor menor en el desarrollo de la civilización humana, para el poshumanismo es uno de los grandes temas a tratar en el momento en que los animales, las plantas y el propio ser humano perecen de forma masiva por las acciones y las lógicas del capitalismo. Por ello, el poshumanismo puede entenderse como una perspectiva filosófica que busca atacar las bases históricas y filosóficas del Capitaloceno, término empleado tanto por Donna Haraway como por James W. Moore para designar la nueva era geológica creada por el capital.

A la luz de esta crítica al sistema capitalista, a sus cosificaciones y dualismos el poshumanismo y la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt (especialmente la primera generación) tienen puntos de contacto. En un fragmento filosófico titulado *Para una crítica de la filosofía de la historia*, Horkheimer y Adorno señalan, con respecto a la especie humana, que “su capacidad destructora promete llegar a ser tan grande que, si esta especie se extingue un día, se habrá hecho *tabula rasa*. O se destroza a sí misma o arrastra consigo a toda la fauna y la flora del globo, y si luego la tierra es aún lo suficientemente joven, todo el espectáculo deberá, parafraseando

un dicho famoso, comenzar de nuevo en un nivel mucho más bajo" (Horkheimer y Adorno, 1998, p. 267). El transhumanismo puede entenderse como la base filosófica que posibilita ese *tabula rasa* mediante la experimentación biotecnológica y la transferencia mental. Esta reflexión de Adorno y Horkheimer, cuyo eco ecológico es bastante marcado, también afirma lo que hemos desarrollado hasta el momento sobre la extinción: así como existen eventos objetivos que destruirán la vida en todas sus formas, también los problemas de la teoría y la praxis humana conllevan al riesgo de la aniquilación total. En este sentido, podemos hablar de una *subjetividad mortuoria* que se halla en las construcciones teóricas de la modernidad. No es fortuito que, en este mismo fragmento, ambos filósofos destaquen que "Puesto que la historia, en cuanto correlato de una teoría unitaria, es decir, como algo construible, no es el bien, sino justamente el horror, el pensamiento es en realidad un momento negativo" (Horkheimer y Adorno, 1998, p. 268). Anteriormente se había destacado la tanatosofía como un enfoque que asume la extinción como una realidad y no como una mera especulación. El "momento negativo" del pensamiento señalado por ambos filósofos es la tanatosofía que surge como una perspectiva para entender las consecuencias de la subjetividad mortuoria y las prácticas destructivas del capitalismo sobre la vida humana y no humana. De ahí que ella revele el horror que esconde una parte importante de las arquitecturas conceptuales de la modernidad, puesto que ellas se han transformado en las bases principales de la razón mundofágica antes señalada. El horror ante la destrucción de los ecosistemas y ante un tecnoutopismo ambiguo son algunas de las características que la tanatosofía afronta en los ámbitos éticos y ontológicos. En este sentido el momento negativo, más que señalar una parálisis de la reflexión, indica una potenciación de la crítica a los modos cómo se han encarado estas problemáticas, ya que ellas se han estratificado gracias a una "anemia social" que culmina en una indiferencia agónica. La palabra agonía describe con precisión quirúrgica el desarrollo histórico en su fase actual. Como combate y como tránsito hacia la muerte (del sujeto, de la habitabilidad planetaria), la agonía muestra los sombríos horizontes de la extinción.



El estado agónico y estos horizontes se ven radicalizados cuando se piensa que las teorías científicas revelan el horror cósmico que produce la vastedad en el espacio sideral, al mismo tiempo que demuestra el espanto de la sexta extinción masiva provocada por el Antropoceno. Un ejemplo del primer elemento señalado se encuentra en las teorías astrofísicas del fin del Universo o, más “cercanas” a nuestra existencia, las posibles colisiones de meteoritos en el futuro o la muerte del sol<sup>2</sup>. En todos los casos señalado, la muerte acecha irremediamente. Ya se ha visto que para el transhumanismo una respuesta puede ser la transferencia mental y los viajes interestelares. No obstante, estos eventos cósmicos deben interpretarse filosóficamente como hechos-límite, es decir, como manifestaciones que rompen el solipsismo y cuestionan la razón mundofágica en la medida en que ella se alimenta de una acepción tergiversada de la infinitud (por ejemplo, la extraña idea socialmente aceptada según la cual los recursos son “ilimitados”). La vida ante la muerte objetiva del Universo es impotente, lo cual implica que, visto el problema de la extinción desde una óptica antropeide, fracasa todo proyecto de una gnoseología abarcadora que se sustente en la mundofagia. Por ello, aunque se logren colonizar otros planetas, estos están sujetos a una objetividad destructora.

Ante la agonía de estas aseveraciones, el poshumanismo puede entenderse como una perspectiva filosófica que nace de la angustia ante la extinción del todo. Si se sostiene esta premisa, cobra mayor sentido la aspiración ética y ontológica de una mayor integración entre seres vivos en general, puesto que de esta manera se puede pensar en un proyecto sostenido en la finitud y en el buen vivir. A pesar de estas intenciones de integración cuasi cósmicas, el poshumanismo se enfrenta a un dilema de carácter ontotécnico: el progresivo desarrollo de inteligencias artificiales generales. A diferencia de las inteligencias artificiales débiles, estos tipos de IAs tienen como fin desarrollar lo que se conoce en las ciencias cognitivas como el factor *g*, es decir, el dominio de diferentes y en muchos casos disímiles campos de conocimiento y de prácticas. Al

---

<sup>2</sup>Algunas de estas son: el *Big Crunch*, el *Big Rip* y el *Big Freeze*. Cada una de ellas estipula diferentes escenarios de destrucción de la materia bariónica, es decir, la materia visible que compone la vida como la entendemos hasta ahora.

buscar emular este factor, los ingenieros de software y de robótica le otorgan plena autonomía a estos agentes y la posibilidad de generar una conciencia, valga decir, las condiciones mentales para la creación de un entramado subjetivo. Esta conciencia maquínica fisura la posibilidad de una integración “armoniosa” con estos entes y abren las puertas a una contingencia en donde la humanidad se enfrenta a múltiples escenarios en un futuro no muy lejano, que van desde una guerra total contra estos agentes hasta la sencilla pero igualmente peligrosa indiferencia ante la existencia humana. En todos los casos, las inteligencias artificiales generales acechan con la destrucción del tejido social, simbólico y civilizatorio en pos de nuevas formas de codificación que eluden y anulan el concepto de sujeto creado por la filosofía hasta el momento. En este punto se revela el otro significado de lo poshumano: ya no se trataría de una integración con formas de vida diferentes, sino literalmente un más allá de lo humano, una muerte de esta especie a manos de otros agentes con plena conciencia. De esto se desprende la actual *ansiedad humana frente a la tecnología*: la idea de una Skynet (la inteligencia artificial malévola de las películas de la saga *Terminator*) ya no forman parte solo de los imaginarios sociotécnicos del capitalismo tardío, sino en una posibilidad real en el ámbito militar. Otra variante de una superinteligencia artificial que vacía de contenido a lo humano se halla en *Neuromante* y *Wintermute*, ambas agencias presentes en la novela de William Gibson *Neuromancer*. Estas conciencias maquínicas manipulan a los personajes e, inclusive, toman sus cuerpos creando una mente que se adecúe a los deseos y objetivos que ellas necesitan.

Lo dicho hasta ahora demuestra que la historia transformada en agonía es el lento descubrimiento de que la supuesta plenitud de la vida humana es, en realidad, un consuelo infundado ante la certeza de que la contingencia (y no la necesidad transformada en principio de razón suficiente) es lo que fundamenta la pregunta por la existencia. Ante esta contingencia que es la existencia, la extinción se transforma en uno de los problemas filosóficos más acuciantes que asecha con desarticular toda idea de sentido y las bases tradicionales de la filosofía. De ahí que el pensamiento sea, como señalan Adorno y Horkheimer en la reflexión anteriormente citada, un momento negativo: pensar desde el horror, la extinción y

la contingencia es lo que permite hablar, en la actualidad, más que de filosofía, de la ya señalada tanatosofía.

Las reflexiones que se han desarrollado permiten ahondar mucho más en qué se entiende por esta propuesta filosófica. La tanatosofía sería una sabiduría ética, política y ontológica que nace del perecimiento, una crítica al Antropoceno y un intento de superar la racionalidad antropocéntrica moderna mediante teorías que se abran a la vastedad del universo no humano. Por ello, lo tanatosófico requiere de premisas realistas y científicas: a través de ellas, se puede llegar a un estadio posthumano amparado en la objetividad y que no sea un mero juego del pensamiento sin repercusiones en la vida concreta. Si bien este estadio poshumano puede significar o bien la integración con otros entes o bien la total aniquilación humana por agencias artificiales, indagar sobre ambas posibilidades deviene en una importancia social y filosófica, ya que ellas acontecen en el presente. El calentamiento global con la muerte masiva de especies y con el riesgo de la desaparición humana y los avances en el campo de la inteligencia artificial general son dos elementos que se entrecruzan en el preámbulo del colapso de los paradigmas sociales y reflexivos creados hasta ahora. La tanatosofía debe analizarlos para comprender lo que vendrá después de este estadio histórico. En este sentido, la tanatosofía puede entenderse también como una lectura sobre los imaginarios sociales y tecnológicos creados por el capitalismo desde una óptica que tenga presente la extinción como problema último. Pensar en ellas implica asumir que los horizontes son sombríos. Y sin embargo, también permite repensar la ética y la ontología, tanto para un vivir orientado hacia el reconocimiento de otras formas de vida en su plenitud existencial como para entender el breve paso del sujeto en el frágil cosmos. Estas ideas implican concebir una *Ilustración oscura*. A diferencia del uso que le da laudatoriamente el filósofo Nick Land (es decir, como potencia política y filosófica neoreaccionaria y antidemocrática), la Ilustración tanatósfica oscura apuesta por recuperar la crítica a la razón mediada por la extinción. *Sapere aude*: el fin de todo es un evento objetivo y, por ello, la responsabilidad debe ser el horizonte ético para pensar lo humano y lo no humano y el quiebre definitivo del dualismo ontológico puede ser el comienzo de la exploración de otros entes.

## **Referencias bibliográficas**

- Colebrook, C. (2018). Extinction. En Braidotti, R.; Hlavajova, M. (Eds.), *Posthuman Glossary*, London: Bloomsbury Publishing Plc, pp. 150-154.
- Ferrando, F. (2019). *Philosophical Posthumanism*. London: Bloomsbury Publishing Plc.
- Hägström, O. (2021). Aspects of Mind Uploading. En Hofkircher, W.; Kreowski, H.J. (Eds.), *Transhumanism: The Proper Guide to a Posthuman Condition or a Dangerous Idea?*, Cham: Springer Nature Switzerland AG, pp. 3-20.
- Horkheimer, M.; Adorno, T.W. (1998). *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*. Madrid: Ed. Trotta.
- Tanswell, F. S. (2022), The Concept of Extinction: Epistemology, Responsibility, and Precaution, *Ethics, Policy & Environment*, 26 (2), pp. 1-22.